

Alejandrina Falcón*

◉ El idioma de los libros: antecedentes y proyecciones de la polémica “Madrid, meridiano ‘editorial’ de Hispanoamérica”

*Espiracusen con plumero y todo, antes que los faje.
Che, Meridiano, hacete a un lao, que voy a escupir.
“Ortelli y Gasset”, 1927*

Resumen: Este trabajo analiza algunos aspectos de la polémica “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”, registrada en 1927 en las revistas vanguardistas *La Gaceta Literaria* de Madrid y la revista porteña *Martín Fierro*, recortando dos problemáticas íntimamente relacionadas: la circulación de bienes culturales entre España y la América hispanohablante, y el tópico de la identidad lingüística en el área hispanoamericana.

Palabras clave: Historia de la edición; Identidad lingüística; Argentina; España; siglo xx.

Abstract: This work analyzes some features of the controversy “Madrid, the intellectual meridian of Spanish America”, recorded in 1927 in the avant-garde literary journals *La Gaceta Literaria* from Madrid, and *Martín Fierro* from Buenos Aires, focussing on two closely related questions: the circulation of cultural goods between Spain and Spanish speaking America, and the topic of linguistic identity within the area of Spanish America.

Keywords: History of publishing; Linguistic identity; Argentina; Spain; 20th century.

Introducción

Entre 1924 y 1927, la revista argentina *Martín Fierro* fue escenario de un debate cuyo objeto giraba en torno a dos problemáticas íntimamente relacionadas: la circulación de bienes culturales entre España y la América hispanohablante, por un lado; y el problema del destino de la lengua española en América, por otro. En el presente estudio, nos proponemos analizar la polémica “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica”, registrada en 1927 en las revistas vanguardistas *La Gaceta Literaria* de Madrid y la revista porteña *Martín Fierro*.

Nuestro objetivo específico es dar cuenta de su contenido desde una perspectiva concreta: aquella que atañe conjuntamente los tópicos de la identidad lingüística y el merca-

* Alejandrina Falcón es licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires, candidata doctoral en el área de Literatura de la misma universidad y becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Contacto: alejafal@gmail.com

do librero. Este objeto de análisis recorta, pues, dos problemáticas centrales para el campo literario argentino del período, a saber, el nacionalismo cultural y la posición del escritor ante el mercado editorial. Ambas problemáticas se hallan parcialmente insertas en el marco de la discusión sobre el legado español y las condiciones en que debían desarrollarse las relaciones hispano-americanas en la década del veinte.

A modo de hipótesis postulamos que esta polémica de carácter internacional enfrentó dos ideologías lingüísticas y dos políticas culturales vinculadas con inquietudes e intereses nacionales divergentes e históricamente situados: la captación del mercado lector americano por parte de España y la lucha por definir qué modelo de lengua legítima habría de regir las producciones literarias en Argentina. Esta hipótesis supone, por tanto, reponer las condiciones de producción de esta serie de discursos polémicos. Pues el reconocimiento de dichas condiciones de producción discursiva es aquello que permitirá superar su carácter meramente anecdótico, y explicar no sólo las posiciones asumidas por ambas partes, los tópicos y argumentos esgrimidos por sus principales actores, sino también su proyección en el tiempo, sus múltiples efectos discursivos.

Para probar nuestra hipótesis, presentaremos la polémica en tres tiempos: dos momentos iniciales que tuvieron representación en las páginas de la revista *Martín Fierro*, y un tercer tiempo vinculado con la proyección de ciertos tópicos, en especial el de la lengua nacional, en textos posteriores a 1927. Estos tres tiempos podrían delimitarse del siguiente modo: un antecedente, en 1923; su clímax, en 1927; y dos repercusiones de 1928.

En estas páginas examinaremos, entonces, un corpus de artículos publicados entre 1923 y 1928 en revistas argentinas y españolas, y algunas obras breves relacionadas directa o indirectamente con la polémica. Ampliaremos dicho examen basándonos en la bibliografía teórica y crítica pertinente. A fin de ordenar la exposición, proponemos tres instancias de análisis y una breve síntesis a modo de conclusión.

En un primer apartado, expondremos, desde la perspectiva de la identidad lingüística y su articulación con el tema del mercado, el debate entre Eduardo Schiaffino y Gómez de Baquero, registrado en la revista española *El Sol* en el año 1923, y retomado al año siguiente en el nº 7 de *Martín Fierro*.¹ Luego, analizaremos con el mismo criterio los artículos de 1927 que conforman la polémica “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica” propiamente dicha.

En un segundo apartado, basándonos en el supuesto según el cual la circulación internacional de las ideas se caracteriza por un tráfico de textos que “viajan sin su campo de producción” (Bourdieu 2002: 4), procuraremos reinsertar estos artículos en sus respectivos contextos ideológicos. Por un lado, situaremos las representaciones del idioma nacional, y las diversas estrategias discursivas reseñadas, en el marco de la ideología literaria de la revista *Martín Fierro*. Por otro, intentaremos reponer el estado del campo editorial español de los años veinte, con el objeto de esclarecer los intereses editoriales que dicha polémica pone en juego, sublimados en las exhortaciones a la comunidad intelectual, desinteresada y fraterna. En esa instancia, probaremos la hipótesis según la cual

¹ Hipólito Carambat, “Confraternidad intelectual hispano-americana. Casos concretos denunciados por un argentino”, *Martín Fierro* I, 7, 25 de julio de 1924. La revista traduce el texto de Schiaffino de la *Revue de l'Amérique Latine*. Este quizá sea un indicio de la repercusión que esta polémica llegó a tener en su momento.

la captación de mercados americanos constituía una problemática capital en este conflicto.

En el último apartado, daremos cuenta de algunas proyecciones de esta discusión. A tal fin, examinaremos dos textos publicados en los años inmediatamente posteriores a los debates analizados.

1. Textos: muchas polémicas, pocos libros

1.1. *La polémica de 1923*

La controversia sobre el meridiano intelectual habría de llegar a su punto de máxima visibilidad con la contienda originada por el editorial “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica”, publicado el 15 de abril de 1927, en el nº 8 de *La Gaceta Literaria* madrileña. Sin embargo, tiene un antecedente menos visible pero de igual relevancia:² en 1923, la imprenta de Juan Pueyo publica en Madrid un folleto titulado “Relaciones literarias hispano-americanas” y misteriosamente rubricado “E.S. (periodista argentino)”. El folleto en cuestión reúne tres artículos del “periodista” anónimo;³ todos ellos integraban una extensa discusión⁴ cuyo origen habría sido un artículo del crítico Gómez de Baquero, alias *Andrenio*, publicado en *El Sol*, donde se afirmaba que el intercambio literario entre América y España era inexistente.

Eduardo Schiaffino, el ‘argentino anónimo’, responde reformulando los términos del problema: no es inexistencia sino desconocimiento e indiferencia española aquello que caracteriza la circulación de ideas desde América hacia España. Este desconocimiento puede leerse en el espacio mismo de las librerías de Madrid o Barcelona: un vacío de libros americanos en los escaparates y en los depósitos.⁵ Tangible en la ubicuidad de esta ausencia, el desinterés español revela la falta de políticas de difusión del libro americano en la península. Estos artículos constituyen, por tanto, un primer indicio de la desigualdad de circulación del libro americano en España y del libro español en América. A continuación veremos que contienen en germen los principales tópicos del futuro debate.

Ahora bien, Schiaffino contrasta el flagrante desinterés antes citado con la ‘amplia’-circulación del libro español en el comercio editorial americano. Pero añade que la circulación de producciones españolas en Argentina no se reducía a los libros de autores españoles clásicos y contemporáneos, sino que muchos intelectuales peninsulares solían escribir en las páginas de los grandes diarios argentinos. Y asegura que tampoco en este

² Grillo (2008) coincide en destacar este antecedente.

³ Respectivamente titulados: “Los escritores hispanoamericanos en España”, “Una discusión interesante. Las relaciones literarias entre España y América” y “Españoles y Americanos. Sobre las relaciones literarias”, inédito. Todos ellos compilados en: E.S. (periodista argentino): *Relaciones literarias hispano-americanas*, Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1923.

⁴ De la que habrían participado asimismo Rufino Blanco de Fombona, en *La Voz*; F.A.M., en *La tribuna*; Enrique González Fiol, en *El Heraldo*; Mariano Belliure y Tuero, en *Informaciones*; Miguel de Unamuno, en la revista *España*, y Enrique de Leguina, en una conferencia en el Ateneo.

⁵ Dice Fernando Larraz: “Esta indiferencia por el despertar cultural y literario de América Latina se fue paliando a partir de finales de la década del veinte, coincidiendo con la expansión de la industria editorial española” (2007: 137).

plano se registraba igual colaboración de americanos en las secciones literarias de periódicos peninsulares. A su juicio, contrariamente a lo que alegaba Gómez de Baquero, esto no se debía a las características materiales o estructurales de la prensa argentina –dotada de más avisos y más páginas que los diarios españoles–, sino a una diferencia cultural: la “curiosidad intelectual” (E.S. 1923: 9) argentina tiende a una mayor universalidad que la española. Sostiene que se trata de dos posiciones frente a la diversidad: la posición argentina, anclada en una tendencia a hacerse eco del pensamiento universal; y la española, anclada en el interés por su escritor nacional. En el mercado librero, el correlato de esta tendencia argentina habría sido un mayor desarrollo del comercio de librerías y una apertura general a la literatura española en Buenos Aires.⁶

Ahora bien, en esta serie de textos referidos a los intercambios editoriales en los primeros años de la década del veinte, se produce un insensible deslizamiento hacia el tema de las diferencias intralingüísticas, por un lado, y la afirmación de un supuesto poliglotismo, originado en la marginalidad territorial de los lectores americanos y, en especial, argentinos, por otro. ¿Cómo se relacionan en estos textos el tema de las lenguas y el problema editorial? Según Schiaffino, las relaciones con los grandes centros culturales europeos, verdaderos meridianos intelectuales de América, son dobles. Atañen tanto al interés que producen sus literaturas, o sus campos intelectuales en general, cuanto al desempeño que éstos tienen en la fabricación y difusión de los soportes materiales, las mercancías culturales, pasibles de poner en circulación las codiciadas producciones simbólicas europeas: los libros. Y las industrias editoriales francesa, inglesa, alemana e italiana están presentes en el Buenos Aires de las primeras décadas del siglo por partida doble. Editan libros argentinos y producen libros en lenguas extranjeras que las elites argentinas pueden leer en su lengua original,⁷ gracias al poliglotismo reivindicado por Schiaffino: “El lector argentino aprende varios idiomas; esto nos habilita a leer en las obras originales a los autores franceses, italianos, ingleses o alemanes” (E.S. 1923: 10-11). Así pues, este crítico argumenta que esa disposición americana para la universalidad, esa tendencia a la mezcla y esa apertura a la diversidad cultural, vía el conocimiento de lenguas, habría permitido que la curiosidad lectora americana no se detuviera en el libro español. Y esta pluralidad lingüística, este reconocimiento de una tradición que abreva en la diversidad literaria, constituirá asimismo uno de los argumentos clave con que ya por entonces Schiaffino justificaba la nomenclatura ‘latinoamericanos’ en detrimento de ‘hispanoamericanos’, puntapié del debate en 1927.

En síntesis, este debate pone en escena los núcleos temáticos que harán de las relaciones hispanoamericanas un verdadero campo de batalla: desigualdad en los intercambios literarios, conflicto lingüístico, competencia editorial, universalismo, localismo, todos estos temas serán fervorosamente discutidos hasta entrada la década del treinta. En este sentido, la polémica de Schiaffino en *El Sol* es relevante por tres razones.

⁶ “Vuestros escritores [...] confiesan que el mercado de sus libros está en Argentina, en Uruguay, en Chile”. Este mismo argumento esgrimirá Pereda Valdés en la polémica de 1927 en *Martín Fierro*, para desacreditar las pretensiones meridianas: “A Buenos Aires acuden los escritores españoles a la conquista de un público, no a Madrid los argentinos”.

⁷ Coincide Larraz: “Por entonces, abundaban en las librerías de Buenos Aires, La Habana y México libros en español impresos en París, Londres o Leipzig mientras escaseaban los editados en Madrid o Barcelona” (2007: 132).

Lo es, en primer lugar, en la medida en que uno de los motivos del conflicto era la exigencia de exclusividad que los intelectuales españoles pretendían de los lectores americanos. En efecto, Schiaffino señala que no sólo no reparan el problema de la nula circulación de libros americanos en España, sino que por añadidura se atreven a exigir ser ‘más leídos’, ser exclusivamente leídos, del otro lado del Atlántico.

En segundo lugar, correlativamente, es relevante en términos proyectivos: esta reivindicación de exclusividad habrá de resonar en las pretensiones meridianas de los intelectuales de *La Gaceta Literaria* cuatro años más tarde, bajo la renovada forma de una exigencia de primacía cultural frente al ascendiente francés, considerado espurio, advenedizo, ilegítimo y movido por meros intereses económicos. (Claro que esto sólo sucedería cuando cierto sector de la joven intelectualidad española hubiera tomado conciencia de los provechosos intereses editoriales en juego en los mercados americanos).

Por último, es relevante porque nos permite dar respuesta a nuestra pregunta rectora, a saber, la conexión entre el problema del libro y el tema de la lengua. Los americanos, prosigue el crítico argentino, no necesariamente se reconocen en los clásicos: “Tenemos cierto reparo en considerarlos como cosa nuestra. ¡Tantas veces nos han reprochado y nos reprochan el peligro que corre el idioma entre nosotros y bajo nuestra pluma!” (E.S. 1923: 17). Introduce así la cuestión del idioma pero no reivindica un idioma nacional, como habrían de hacerlo los martinfierristas y luego Vicente Rossi, sino que reproduce el ideograma⁸ de la homogeneidad en la letra impresa: la lengua escrita, literaria, no debe hacerse eco de las grandes diferencias dialectales orales, de la ‘intimidad criolla’, es decir, de esa oralidad rioplatense que podría, por ejemplo, admitir la irrupción del voseo. ¿Por qué no? Porque los escritores americanos, dice Schiaffino, también quieren ser “comprendidos por el mayor número de lectores” (E.S. 1923:18).

La importancia de este argumento reside en lo siguiente: la clave del problema del idioma de los escritores argentinos radica en gran medida en esta dimensión de las posibilidades de circulación de la lengua escrita, signada por la necesidad de su proyección en un mercado editorial bicontinental, pues se trata de una lengua extendida sobre un amplio territorio de naciones. Así pues, el argumento del argentino pone en juego y otorga consenso –en nombre de intereses literarios y, por tanto, también económicos– a la creencia hegemónica según la cual los contextos de aceptación de las diferencias dialectales han de reducirse a la oralidad del ‘entre nos’. Con todo, Schiaffino sí arremete contra los ‘guardianes del idioma’ que, en nombre del purismo, “nos hacen sentir que el idioma no es nuestro, sino cosa prestada, de la que tenemos que rendir cuentas” (E.S. 1923: 18). Obsérvese que no cuestiona la restricción de los contextos de aceptación de las formas dialectales argentinas –de la ‘intimidad criolla’, de ese matiz diferencial de la voz, como dirá Borges en 1928–, sino la legitimidad de ciertos agentes peninsulares e instituciones de la lengua, como la Real Academia Española, para pronunciarse sobre la materia. Éste es, sin duda alguna, otro de los puntos que habrá de reaparecer en discursos posteriores sobre la lengua nacional y, en especial, en el cuestionamiento a la presencia de filólogos españoles al frente del Instituto de Filología Española. Sea como fuere, Schiaf-

⁸ Término introducido por Marc Angenot para referirse a “pequeñas unidades significantes dotadas de aceptabilidad difusa en una doxa dada” (1989: 16). Constituyen un tipo de “lugares comunes” que integran los sistemas ideológicos. Los ideogramas funcionan como presupuestos del discurso y pueden realizarse o no en superficie.

fino concluye con un argumento de sumo interés: a partir de la Independencia, los españoles, imposibilitados ya de combatir por “la posesión del suelo”, se imaginan “deber seguir peleando por la intangibilidad del idioma” (E.S. 1923: 20). Es decir, las luchas políticas de antaño se han convertido en batallas culturales por la propiedad de la lengua.

1.2. *La polémica de 1927*

El editorial anónimo publicado en *La Gaceta Literaria* de 1927 acusa amplio recibo de las quejas emitidas por Schiaffino en 1923. Las hace suyas. En efecto, en “Madrid, meridiano intelectual” se registran fuertes puntos de contacto con el estado de cosas descrito por Schiaffino en *El Sol*. ¿Qué temas comunes podemos destacar? En primer lugar, una misma articulación entre la cuestión de la nomenclatura –si ‘latina’ o ‘hispana’ ha de ser llamada la América hispanohablante– y la incidencia, ahora considerada espuria, de los centros culturales y literarios, como París, entre las elites intelectuales americanas.

Guillermo de Torre, autor del texto en cuestión (1927: 1), plantea la urgente necesidad de “proponer y exaltar a Madrid como meridiano intelectual”, porque “no podemos ya contemplar indiferentes esa constante captación latinista de las juventudes hispanoparlantes”. La argumentación toda gira en torno a la afirmación de una identidad lingüística que legitimaría los intereses ‘espirituales’ de España en América, y habilitaría las relaciones ‘literarias, intelectuales o de cultura’ entre ambas. La cuestión no es, pues, un mero problema de nomenclatura; de hecho, esta última constituye un argumento para afirmar los tres “factores fundamentales” que justificarían el reclamo de primacía antes citado: España y sus perdidas colonias están unidas por 1) el primitivo origen étnico, 2) la identidad lingüística, y 3) su carácter espiritual “más genuino”. No obstante, sin duda previendo objeciones referidas al carácter eminentemente inmigratorio de la población argentina en los veinte, de Torre postula que en verdad “los vínculos más fuertes y persistentes no son los raciales sino los idiomáticos”.⁹ Al latinismo interesado, interesado en la prosperidad de sus mercados editoriales en América, de Torre opone el ‘desinterés’ de la generosa y joven España intelectual. Si el latinismo propone relaciones desiguales, España invita a una igualdad fraterna entre las naciones y a una nivelación de las diferencias; sin hegemonías ni anexionismos, pero sin distinciones, juntos en la patria sin fronteras de la lengua común: “Idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua”.

Sin embargo, en un recorrido argumental inverso al de Schiaffino, el discurso de de Torre se desliza hacia el tema del mercado librero, y se vale para ello ¡de los mismos argumentos que el argentino!: “Hasta hace poco tiempo la producción hispanoamericana no sólo era poco conocida entre nosotros –ya que ninguna publicación antes de *La Gaceta* recogía sus novedades–, sino que sufría cierto descrédito”. Y explica que entre los intelectuales jóvenes tal descrédito se debía a la constatación de un abismo entre la retórica hispanoamericana oficial y su falta de correlato en el orden práctico: 1) la expansión de libros y revistas hacia América era débil en proporción a la cifras que debería alcanzar, 2) el libro español en la mayor parte de Sudamérica no podía competir en precios

⁹ Nicolás Olivari objetaba en el nº 42 de *Martín Fierro*: “América Latina no es un nombre advenedizo, es un nombre racial ¡Cómo se ve que el lírico del manifiesto no ha cruzado nunca el charco y nos ha venido a ver las caras o a indagar en el apellido!”.

con el francés y el italiano, 3) la falta de reciprocidad, pues en España aún se daba el caso de no poder hallar libros americanos. Concluye su editorial con la siguiente afirmación: “He aquí algunos de los puntos concretos cuya resolución es urgente. Si nuestra idea prevalece [...], hacemos a Madrid meridiano de Hispanoamérica y atraemos hacia España intereses legítimos que nos corresponden”.¹⁰ A confesión de partes, relevo de pruebas: esta meridiana claridad no podía sino suscitar airadas reacciones del otro lado del Atlántico.

Ahora bien, ¿cómo reaccionaron los actores argentinos involucrados en la polémica? De diversas maneras; con argumentos varios. Dada la multiplicidad de respuestas, sólo consideraremos aquí aquellas cuyo contenido resulte pertinente para el objeto de nuestro análisis: la relación entre lengua y mercado. Por consiguiente, entre las primeras réplicas al editorial de Guillermo de Torre, publicadas en el nº 42 de *Martín Fierro*, destacaremos las de Pablo Rojas Paz, Nicolás Olivari, Santiago Ganduglia y “Ortelli y Gasset”.

Todas ellas, claro está, coinciden en rechazar la propuesta de tutelaje. En su artículo “Imperialismo baldío”, Rojas Paz (1995 [1927]: 356) la rechaza en nombre de la gestación de una lengua nueva: la tradición de la lengua común –fundamento del ideologema ‘la patria grande en el idioma’, que legitima las pretensiones españolas, no lo olvidemos– es ‘artificial’. La América española está disgregada y el destino de la lengua en ese continente será el destino del latín; o, cuando menos, ésa debe ser la dirección que los argentinos le impriman a su idioma; pues la verdadera libertad americana vendrá con la creación de esa nueva lengua, que no será ya español y a la que por tanto nadie podrá invocar como fundamento de identidad o tutelaje. Olivari toma la posta y enmarca esta reivindicación de autonomía lingüística en el vanguardismo de *Martín Fierro*: “La vanguardia reivindica las cosas nacionales, criollas”,¹¹ por eso “autóctonos puede ser, italianos también, franceses siempre, pero españoles nunca”, pues “hablamos su lengua por casualidad, pero la hablamos tan mal que impertinentemente nos estamos haciendo un idioma argentino. Dentro de pocos años nos tendrán que traducir” (Olivari 1995 [1927]: 356).

La respuesta de Ganduglia (1995 [1927]: 357), “Buenos Aires, metrópoli”, es interesante en muchos aspectos. Para comenzar, señala que el protectorado intelectual no es una opción en ningún caso. Ni latinismo ni hispanoamericanismo, los intelectuales argentinos

¹⁰ Las siguientes palabras de Américo Castro, escritas unos meses antes de la polémica, a fines de 1926, pueden servir para situar el discurso de Guillermo de Torre en un marco discursivo más amplio: “El caso de la América ex española, hispana por lengua y tradición de cultura, es muy diverso, claro está; pero desde el punto de vista en que me sitúo, pienso que el llamado hispanoamericanismo es asunto más para arreglarlo en España que en América. Algunos ingenuos, deslumbrados por la política imperialista que los grandes estados de Europa proyectan sobre esa América, que para sus conveniencias de ellos llaman ‘latina’, se ponen a soñar en una ‘expansión’ española, siendo así que, fuera de los emigrantes (que ya es mucho), no tenemos demasiado que ‘expandir’. Digamos la verdad, que en este caso la mayor habilidad creo que es no tenerla [...]. Hay que hacer en América obra española, pero obra de ‘cierto tipo’, que no siempre puede ni debe coincidir con las líneas que el Estado trazaría desde las cúspides de la jerarquía oficial. [...] La noción de América, fecundada por razones de interés y de sentimiento, va habituando al pueblo a contar con algo más que su Patria. Aprovechémoslo. [...] O nuestros productores se hacen más cultos y más enérgicos, o perderán en absoluto los mercados de América. Venimos siempre a este resultado: el americanismo es para nosotros una forma más de hispanismo” (Castro 1926).

¹¹ Sobre esta peculiar vanguardia nacionalista, consúltese el artículo de Beatriz Sarlo (1997a), donde introduce la categoría analítica “criollismo urbano de vanguardia”.

son independientes y rechazan todo imperialismo cultural. Pero a nadie puede sorprender, dice, el desconocimiento español de cuanto sucede en materia literaria en América, pues es sabido que el “arranque de simpatía intelectual” se debe sobre todo a “las posibilidades que estos países ofrecen como mercados para el libro español”. Por lo demás, a su juicio, de Torre, en su innoble inquietud por las bajas cifras de exportación, yerra una vez más en el diagnóstico. En efecto, los españoles afirman que la competencia con los libros franceses e italianos es imposible a causa de los bajos precios de estos últimos, pero no advierten que el problema es de ‘orden cultural’ no se puede hablar ya de identidad lingüística, porque todos los argentinos son un poco políglotas, dado que les resulta tan fácil aprender castellano como francés o italiano.¹² Y concluye afirmando que Buenos Aires es una metrópoli desde que cuenta con escritores como Gironde, Olivari, Borges, Arlt y González Tuñón. Es decir, el idioma nacional cuenta con una tradición literaria propia en gestación que ya permite señalar a Buenos Aires como un centro literario relativamente autónomo.

Por último, el texto de “Ortelli y Gasset” constituye la puesta en forma literaria, la materialización jocosa que corona y resume a un mismo tiempo los argumentos comunes a estas respuestas, a saber, no hay identidad lingüística, la tradición común se bifurcó en algún recodo de la historia argentina: “¡Minga de fratelanza entre la Javie Patria y la Villa Ortúzar! [...] Aquí le patiamo el nido a la hispanidá y le escupimo el asao a la donosura”. España tendrá que buscar, pues, otro argumento para considerar “al área intelectual americana como una prolongación del área española” (De Torre 1927: 1).

2. Contextos: en todas partes se cuecen... meridianos

2.1. *Martín Fierro*: lengua propia, mercado ajeno

Hasta aquí hemos reseñado el conjunto de argumentos y contra-argumentos cruzados en este debate puntual. A continuación, nos proponemos reponer someramente el marco ideológico-literario de la revista en que se inscriben. Antes que nada, es preciso destacar que, en su conjunto, las reacciones que el reconocimiento, o la intuición, de los intereses literario-editoriales de *La Gaceta Literaria* generó entre los martinfierristas pusieron de manifiesto dos cuestiones que revelan, a su vez, cierto estado del campo literario argentino. Siguiendo a Beatriz Sarlo (1997a), podemos afirmar que, en el campo argentino, la polémica puso en evidencia la problematicidad de la identidad lingüística, que de Torre da por sentada; y, correlativamente, la peculiar relación de los martinfierristas con el mercado literario.

En cuanto a la lengua, es decir, al motivo de una identidad lingüística nacional, puede afirmarse que la búsqueda de su especificidad opera como una de las respuestas posibles del martinfierrismo a la pregunta por la identidad nacional.¹³ Por eso, es preciso tener en

¹² Nótese que esta representación coincide con la de Schiaffino. No obstante, cabe preguntarse qué ‘argentinos’ eran políglotas en la primera mitad del siglo veinte y qué clase de políglotismo era éste. Al respecto, véase en Sarlo (1997b) la cuestión de la “buena mezcla” y la “mala mezcla”. Las representaciones de Schiaffino y Ganduglia obturan esta dimensión, sin duda con fines meramente argumentativos.

¹³ *Martín Fierro* llevó a cabo una encuesta sobre “la existencia de una sensibilidad argentina”, publicada en el nº 5 de 1924. Respondieron diversos actores del campo literario: Lugones, Güiraldes, Rojas,

cuenta que las representaciones de la lengua en *Martín Fierro* funcionan en dos planos o, dicho en otros términos, se oponen a un ‘otro’ doble: el español peninsular y la lengua de los escritores argentinos no ‘criollos’. En efecto, por un lado, la defensa de la peculiaridad del español rioplatense constituía un motivo clásico de la lucha entre el idioma de los argentinos y el purismo español. Es decir, esa reivindicación constituye un arma contra la pretensión de hegemonía por parte del español peninsular, y se inscribe en una larga tradición que se remonta a la Generación del 37.¹⁴ En este sentido, Evar Méndez afirma, en el editorial “Un asunto fundamental” (1995 [1927]: 375), publicado en el último número de la revista, que la polémica aquí analizada no venía sino a ratificar una línea editorial anti-hispanista coherente y afirmada desde el primer número: “*Martín Fierro* al discutir y rechazar la proposiciones del meridiano madrileño, ayer y hoy, está de acuerdo consigo mismo, y desde 1924”, pues sus colaboradores se inscriben “dentro de la más severa y estricta tradición nacional, constituida por la acción y la obra de nuestros más grandes hombres de pensamiento” (Méndez 1995 [1927]: 375). De ahí que el tópico de la lengua también se inscriba en un proyecto de nacionalismo cultural de vanguardia, que la revista oponía a los extranjeros recién llegados al campo intelectual argentino, tal como señala Sarlo (1997a). Este aspecto es relevante, pues se trata precisamente de lo que *Martín Fierro* calla en la polémica contra *La Gaceta Literaria* al presentar, como hemos visto, una imagen más bien homogénea de este ideal de “lengua nacional” y al postular un “poliglotismo” masivo, un cosmopolitismo no problemático.

Ahora bien, ¿cuál era el contexto concreto de este ‘nacionalismo lingüístico’ martinfierrista? Beatriz Sarlo plantea que la módica vanguardia argentina se propone ante todo reformar el sistema literario, negar la tradición consagrada y los linajes reconocidos por el estado del campo intelectual que la precede.¹⁵ *Martín Fierro* se proponía, pues, reformar el gusto, crear “canales alternativos al mercado literario” (Sarlo 1997a: 226) y dividir al público, que por entonces se había ampliado gracias a la progresiva expansión de la industria cultural.¹⁶

¿Cómo lleva a cabo este ‘proyecto’? En primer lugar, como toda vanguardia, *Martín Fierro* opera el consabido rescate de escritores olvidados por la tradición oficial y marginados del sistema de consagración que encarna el mercado –mercado cuya existencia previa, no obstante, constituye la condición de posibilidad de esta “secesión” vanguardista–. De este modo, la vanguardia argentina establece, según el análisis de Sarlo, un sistema de oposiciones estético-moral y social a un mismo tiempo (1997a: 228). En efecto, es moral porque opone una lógica mercantil, signada por el espíritu de lucro, por la

Girondo, Glusberg, Rojas Paz, entre otros. Todos ellos aluden en mayor o menor medida, desde perspectivas y posiciones diferentes, al idioma como fundamento de la identidad cultural.

¹⁴ Tradición que tanto Schiaffino como *Martín Fierro* evocan cada vez que abordan el conflicto lingüístico. Véase asimismo *Nuestra Lengua* (1922) de Costa Álvarez, donde analiza en detalle esa tradición.

¹⁵ Véase “¿Quién es *Martín Fierro*?”, resumen de intenciones con motivo de su primer aniversario, en: *Martín Fierro* I, 12-13, 1924 (1995: 87).

¹⁶ De Diego afirma que, en el período de 1920-1930, “se produce en la actividad editorial de nuestro país una mutación bien significativa” en función de la cual la actividad editorial encabezada por figuras de intelectuales y escritores destacados –Payró, Rojas, Ingenieros, Gálvez– será “reemplazada progresivamente por editores extranjeros, inmigrantes humildes sin relación alguna con la *alta* cultura, verdaderos advenedizos al mundo del libro” que darán lugar “a un nuevo mercado, a un público lector, que se había expandido de manera notable” (De Diego 2007: 2).

voluntad de capitalización simbólica y económica, al espíritu de la vanguardia argentina, cuya moral se inscribe en una lógica del interés por el desinterés. Pero la oposición también es social porque en los años veinte “lucrar con la literatura es una aspiración vinculada con el origen de clase del escritor” (1997a: 232). Es decir, aquellos escritores, y lectores, que se dirigen al mercado a vender y consumir producciones simbólicas proceden en su mayoría de sectores medios y bajos de origen inmigratorio.¹⁷ Por tanto, quedaría establecido un sistema de oposiciones en que los ejes arte/lucro y argentinos/inmigrantes constituyen dos caras de un mismo conflicto estético-clasista, sin duda enmarcado en el contexto de la progresiva profesionalización del escritor y democratización de la producción y consumo literario.

¿Cómo se relaciona esta posición vanguardista ante el mercado interno con el problema de la lengua? Uno de los rasgos distintivos que los escritores de *Martín Fierro* reivindican contra la literatura regida por “espurios” intereses mercantiles es su relación privilegiada con el lenguaje (Sarlo 1997a: 232). La literatura del mercado está escrita en una lengua contaminada que traduce la “pronunciación deformada” (Sarlo 1997a: 232) de los escritores de origen inmigratorio, y que es consumida por lectores igualmente inseguros de su “idioma argentino” (Sarlo 1997a: 232),¹⁸ el público de los barrios alejados de las grandes librerías del centro.¹⁹ En palabras de Sarlo, se trata “de un rechazo elitista de los productos que la industria editorial lanza para un público más extenso y, por supuesto, menos culto” (1997a: 222). Los escritores de *Martín Fierro*, en cambio, reivindican un dominio “natural” (Sarlo 1997a: 236) de la oralidad criolla adquirida sin mediaciones institucionales ni “esfuerzo intelectual” (Sarlo 1997a: 237). El conjunto define, según Sarlo, un esquema en el que necesariamente se oponen dos públicos y dos sistemas literarios excluyentes, zanjados por la posesión genuina o espuria de una lengua nacional: “El punto clave es la relación que unos y otros tienen con el lenguaje y, en especial, con la lengua oral y su realización fonética” (1997a: 236). Así pues, la temática del nacionalismo cultural se manifestaría en *Martín Fierro* en especial a través del tópico del nacionalismo lingüístico, expresado por Gironde en el manifiesto publicado en el nº 4 de la revista y omnipresente, como hemos visto, en la polémica antes analizada. Beatriz Sarlo concluye que esta “insistencia sobre las inflexiones de la lengua oral es un tópico que desde *Martín Fierro* se va a proyectar en la década siguiente” (1997a: 237). Volveremos sobre esta cuestión en el último apartado, en el cual podremos constatar la veracidad de esta afirmación.

No obstante, aún restaría pensar si el argumento del nacionalismo lingüístico esgrimido contra el ideal de ‘unidad lingüística hispanoamericana’ no se inscribe tam-

¹⁷ Torrendel, Zamora, Gleizer, Glusberg, entre otros editores-inmigrantes, serán los agentes de estos emprendimientos editoriales gracias a los cuales los nuevos grupos sociales accedieron “a lo mejor de la cultural universal y de la literatura y el pensamiento nacional en libros baratos, en ediciones ‘popularísimas’” (De Diego 2007: 38).

¹⁸ A modo de ejemplo, léase “Un poeta que calla y un cocoliche que habla”, *Martín Fierro* I, 1924 (1995: 5).

¹⁹ Citando a Luis A. Romero, De Diego confirma: “En esos barrios se va generando una cultura emergente, popular, *letrada*, constituida por hijos de inmigrantes y las primeras oleadas de migrantes internos, con rasgos identitarios propios, que se desarrolla en los clubes, sociedades de fomento, centros y comités y bibliotecas populares. Poco habituados a las librerías del centro, adquieren libros y folletos mediante otros circuitos, ya que consideraban al libro y a la cultura como un elemento de prestigio, como una herramienta de integración y ascenso social” (De Diego 2007: 38).

bién²⁰ en esta lógica de negación de la industria cultural y fragmentación del público. Pues el modelo de lengua panhispánica basada en la norma literaria culta, niveladora y pluricéntrica, como el que habrán de proponer los filólogos españoles y otros representantes de la intelectualidad española en Argentina –brazo ideológico del despliegue editorial español posterior–, no es sino el prototipo de la lengua desdialectalizada propia de un mercado editorial extendido.

2.2. La Gaceta Literaria: *un meridiano que siempre fue editorial*

A juzgar por el análisis que Fernando Larraz lleva a cabo en su estudio “Los editores españoles ante los mercados de lectura americanos (1900-1939)”, podemos afirmar que el estado del campo editorial español, durante el período en que comienza y se desarrolla la polémica estudiada aquí, es cuando menos problemático. En efecto, este estudioso de la historia de la edición afirma que, a partir de finales del siglo XIX, España, “netamente importadora” de ideas (Larraz 2007: 131), desarrolla la pretensión de acceder a los inmensos mercados americanos para volcar allí sus propios productos culturales.²¹ A tal fin, comienzan a circular representaciones de América como una comunidad virgen a la que los empresarios culturales habrían de dirigirse para cumplir una misión *doble*. Por un lado, una misión “espiritual” de puesta en comunicación de los países de “lengua española” por medio del libro. Por otro, una misión económica de “*Reconquista* del mercado americano, venero para la riqueza de España” (Larraz 2007: 131). No obstante, en el período comprendido por el estudio de Larraz, España enfrenta diversos problemas para expandir su industria.

Desde fines de siglo XIX, se enfrenta con la ya mencionada escasa competitividad de sus editores frente a los mercados alemanes y franceses instalados en América. El problema entonces era básicamente de gestión empresarial y organización: más modernas, las industrias europeas competidoras contaban con un desarrollo mayor de los recursos, del sistema de propaganda y de la distribución de ejemplares. España carecía, por lo demás, de casas locales que se dedicaran a la exportación del libro o se atrevieran a arriesgar inversiones a largo plazo en este sentido (Larraz 2007).

Con la guerra de 1914, al interrumpirse los intercambios comerciales con los países beligerantes y dada la escasa productividad de las editoriales americanas, España cree llegada la hora de su expansión comercial y “recuperación” de los mercados codiciados. Así pues, Larraz sostiene que “en los primeros tres lustros del siglo XX se inició un tímido proceso de expansión” (Larraz 2007: 138), en el que se registra en particular un alza del volumen de exportación del libro escolar, gracias a editoriales como Sopena, Sempe-re, Calleja, entre otras.

²⁰ Horacio Salas afirma que “con respecto al corte del cordón umbilical mencionado en el *Manifiesto* es preciso recordar el momento histórico: los sectores más extremistas de la oligarquía argentina desalojada del poder en 1916 comenzaban a hacer alarde de un hispanismo basado en la tradición autoritaria española. Su aproximación al pensamiento español se fundaba más en la ideología dogmática de Marcelino Menéndez y Pelayo que en el pensamiento crítico de Miguel de Unamuno” (1995: 11).

²¹ Confirma Francisco Caudet: “En los años treinta hubo una efervescencia editorial que fue la *culminación* de un proceso iniciado a finales del siglo XIX. Desde un primer momento ese proceso tuvo como telón de fondo la aspiración de conquistar el mercado americano” (1993: 7).

Sin embargo, a partir de 1919, el desarrollo técnico de la industria vuelve a dejarla fuera de competencia en los mercados de lengua española. Y, pese a ser la “comunidad de lengua” una ventaja frente a la competencia, España es incapaz de ‘aprovecharla’. En efecto, un mismo motivo mueve hacia América y retiene en España a los editores peninsulares: el económico. No obstante, la escasa circulación de libros no impedía la circulación de sus productores: a fines de los años veinte,²² afirma Larraz, “los contactos intelectuales entre ambas orillas se intensifican con el consiguiente aprovechamiento lucrativo para muchos autores que publicaron sus artículos en periódicos hispanoamericanos o que cruzaban para dictar cursos y conferencias” (2007: 133).

Por último, muy entrada la década del veinte, instalados ya algunos editores en los mercados de ultramar, un nuevo avatar editorial impide el pleno desarrollo de esta industria en América: los editores, afirma Julián Urgoiti, “lanzan libros ‘para la exportación’ sin estudiar de ante mano las razonables posibilidades del salida” (De Torre 1929), es decir, no sopesan sus posibilidades de circulación en función de la especificidad del público americano, cuyo gusto literario difiere del español; por lo demás, “casi todo es traducción –añade Urgoiti–, y ya se sabe lo relativo que es el éxito del libro traducido, pues si lo es del francés, el público lector [...] ya lo ha leído en el original”.²³

Ahora bien, aquello que desde nuestra perspectiva puede resultar verdaderamente relevante es lo siguiente: entre 1920 y 1932 comienzan a proliferar en la península textos y discursos sobre el libro español en América, todos ellos destinados a apuntalar ideológicamente los reiterados y fracasados intentos editoriales por monopolizar o, cuando menos, disputar los mercados lectores de América. Se instala así una suerte de hegemonía discursiva según la cual no sólo “España es la única aspirante razonable a ser la inspiradora de la identidad cultural americana” sino que además, en virtud de la identidad lingüística, tiene legítimo *derecho* “a ser la única productora de libros hispanohablantes” (Larraz 2007: 134).

Por consiguiente, lejos de ser un acontecimiento aislado, el editorial de Guillermo de Torre no es sino un efecto discursivo más de esta serie discursiva global. Y, tal como procuramos demostrar en el presente estudio, las huellas de sus condiciones de producción no requieren un rastreo muy profundo, pues pueden leerse en la superficie misma de su primer artículo. No obstante, por si faltaran ratificaciones de alguna clase, en un editorial publicado en abril de 1928 y titulado “Preliminares. Ante la exposición del libro argentino-uruguayo en Madrid”, Guillermo de Torre devela la incógnita de la famosa polémica o, cuando menos, cancela toda duda: “Una de las consecuencias empíricas que cierto día –en el curso de una interviú– me permití extraer de las múltiples lecciones brindadas por la clamorosa cuestión del ‘meridiano intelectual’ fue la siguiente: En el fondo –afirmé– todo este pleito inevitable y salúfero entrañaba más bien un problema editorial y librero que una cuestión literaria” (1928: 1).

²² En 1923, Schiaffino ya señala la existencia de esa práctica provechosa, y denuncia su no reciprocidad.

²³ Fernando Larraz lo explica en estos términos: “Otra evidencia de las limitaciones comerciales del editor español estuvo en el hecho de que *tanto se repitió el tópico de la comunidad cultural hispanoamericana* que no se atendió a las diferencias en el gusto literario que existían entre los lectores hispanohablantes de uno y otro lado del océano. En los años veinte, Francia y España, pero también Inglaterra y Alemania, intentaban abrirse un hueco entre las que se consideraban a sí misma elites culturales de las sociedades americanas” (2007: 141).

Ahora bien, este editorial imprime un giro a la argumentación polémica, la invierte una vez más. Y este giro nos retrotrae a nuestro punto de partida, cinco años atrás: Schiaffino y la falta de libros argentinos en España. En efecto, descubierto en sus verdaderas intenciones, para sorpresa de todos y pese a lo expuesto en el presente apartado, de Torre arremete contra las políticas editoriales argentinas: “Las reclamaciones que se refieren a la médula de su vitalidad intelectual [...] a la situación de estar asfixiados dentro de los estrechos límites en que ahora se desenvuelve el libro argentino y los resentimientos engendrados por ese *insularismo* editorial” sólo pueden ser solucionadas por los editores locales. Así pues, haciéndose eco de los reclamos de los martinfierristas referentes al desconocimiento español de cuanto sucede en materia literaria en América, de Torre devuelve la queja como pregunta: ¿qué han hecho los editores argentinos para que sus libros merezcan circular por España? Es decir, cuando Pedro García, Gleizer, Roldán o Glusberg, los editores a su juicio más representativos del campo nacional, estén en condiciones de “mezclar [los libros argentinos] en los escaparates de Madrid con la producción general hispánica” se habrá dado un paso hacia el verdadero conocimiento mutuo hispanoamericano.

Y Guillermo de Torre procede entonces a una evaluación de la polémica ocurrida un año atrás: 1) la acusación de desconocimiento es inválida en la medida en que es deber de los argentinos “procurar la penetración sistemática de las anchas zonas del público” lector hispanohablante; 2) la causa del reclamo es la pequeñez de miras editoriales de las naciones americanas; España, “menos restringida y localista”,²⁴ tiene la ventaja de poseer una visión de conjunto sobre América, que América no tiene de sí misma; 3) pero no sólo no se conocen entre sí las “jactanciosas naciones americanas”, sino que no conocen a su propio público: “Me estoy refiriendo a la masa lectora, el presunto público de librería y no en modo alguno al gremio letrado”.²⁵ Por supuesto, para satisfacción de De Torre, transcurrirá mucho tiempo aún antes de que “el conocimiento interamericano pueda efectuarse directamente sin necesidad de utilizar el cable de Europa” (1929: 1).²⁶

Sea como fuere, debe quedar claro que la pregunta por la responsabilidad argentina es retórica: no están dadas las condiciones materiales para tal expansión masiva. Este dato obvio le permite a de Torre volver a la carga con una nueva versión del meridiano. Se trata, esta vez, de una versión literal. Sin discursos fraternos ni eufemismos, remozada con un léxico técnico acorde al nuevo registro, la propuesta es conformar un ‘consorcio editorial’ cuya cabeza provisional –a la espera de que América disponga del poder económico para controlar su propia producción y distribución– sea España. Esta variante del meridiano, con casa matriz en Madrid, sería el lugar “adecuado para expandir el libro en todas las direcciones” (De Torre 1928: 1). Convertir a España en centro bibliográfico y distribuidor europeo de toda la producción hispanoamericana es la nueva propuesta lanzada por Guillermo de Torre en pos del interés cultural común y de una eficaz racio-

²⁴ Obsérvese que la acusación de ‘localismo’ pasa de un campo nacional al otro como un insulto: ‘localista’ siempre es el otro; del mismo modo circula, según Sarlo, la acusación de ‘cosmopolitismo’ dentro del campo argentino: inmigrantes o europeizados-cultos, ‘cosmopolita’ siempre es el otro.

²⁵ Esta crítica al desconocimiento de la ‘masa’ lectora nos remite a la ya analizada operación de fragmentación del público que la vanguardia lleva a cabo en su interés por el desinterés literario-mercantil.

²⁶ Dado que los precios de envío de una nación americana a otra eran enormes, España operaba como centro distribuidor.

nalización de los recursos editoriales hispanoamericanos.²⁷ Claro está que el renovado convite no comporta “sometimiento ni hegemonía de ninguna clase” (De Torre 1928: 1).

Para finalizar, puede ser interesante ver cómo concluye De Torre la entrevista con Julián Urgoiti en la que se discute la posibilidad de poner en marcha esta versión editorial del meridiano: “Tarea que, a mi juicio –compañeros de *La Gaceta Literaria*–, sólo podrá ser llevada a un punto de perfección, de regularización sistemática por *vosotros*, por esa *librería* que se dispone a alzar *nuestro periódico*, y que debe proponerse como uno de sus más netos objetivos [...] lo que nadie ha realizado hasta ahora” (De Torre 1929).²⁸

3. Más allá de la polémica: algunas proyecciones

3.1. *Vicente Rossi y el libro español*

El debate sobre el meridiano ha dejado sus huellas en la extraña obra del nacionalista lingüístico Vicente Rossi. En efecto, en el nº 5 de sus *Folletoes lenguaraces*, publicado en 1928, el más radical defensor de la lengua nacional rioplatense de esta década articula de manera explícita los dos ejes del presente estudio, pero los reformula en términos agonísticos: el problema del “vasallaje” lingüístico y la consideración del libro español como “enemigo” nacional.

En esta serie de folletos, Vicente Rossi reivindica un secesionismo lingüístico radical, fundado en el argumento de la evolución natural del español americano hacia su inexorable fragmentación, a imagen del fraccionamiento del latín en lenguas romances:²⁹ “*Hablando mal* se han formado todos los lenguajes humanos; es inevitable hablar *mal* para llegar a hablar bien creando un idioma propio” (1928: 9).³⁰ La importancia de este argumento radica en que la evaluación del ‘mal’ no es negativa, sino que por el contrario la

²⁷ También habría de organizar ferias, congresos, revistas especializadas, es decir: consolidar un campo editorial; véase la reflexión de Cabanellas en Lago Carballo/Gómez Villegas (2007: 91-92).

²⁸ En 1929, *La Gaceta Literaria* pasaría a ser el órgano de difusión de la poderosa CIAP (Compañía Iberoamericana de Publicaciones). Pero, hasta 1930, pese a las exhortaciones del tesorero Guillermo de Torre, la falta de acción colectiva y de modernización empresaria conduciría al reiterado fracaso de la política de expansión editorial.

²⁹ Este fantasma reaparece en casi todos los discursos referidos al español americano que hemos podido leer hasta la fecha. A juzgar por la crítica de Borges a Rossi, suponemos que, reivindicada o temida, esta fragmentación radical ya no debía de parecer viable a finales de los años veinte. No obstante, las patéticas palabras de Amado Alonso, referidas al desaliento de Rufino Cuervo en el final de su vida, sintetizan el alcance de esta angustia epocal ante la temida dilapidación del ‘tesoro común de la lengua’: “El gran americano se *pasó la vida predicando* a sus coterráneos el esfuerzo constante por acomodarse a la lengua de Castilla [...]. Y sin embargo, al final de su vida, se le escapó el *melancólico vaticinio* de que, a pesar de *todos nuestros esfuerzos* por mantener la *unidad del idioma*, en un futuro más o menos lejano, cada país de América hablará una lengua distinta, no entendida por los demás” (1933: 141).

³⁰ Ése también es, no lo olvidemos, el argumento de Olivari. Esta posición registra, asimismo, una singular coincidencia con la de Arciniegas, algunos años después, en el nº 72 de *Sur*: “Una sólida cultura americana, es darle todo su valor al hecho americano. [...] Yo también creo que de todas esas cosas, de estos *malos libros* que escribimos, de este *mal castellano que empezamos a conjugar*, puede algún día resultar algo que contribuya auténticamente a engrandecer la cultura de América” (1940: 102-105).

‘a-normalidad’ y ‘la anomalía’ constituyen la condición de posibilidad de lo propiamente americano. Muy distinta será la posición de los “agentes americanos de la cábila hispano-americana” (Rossi 1928: 24): Alonso, Castro y, por qué no, también Guillermo de Torre. No obstante, es preciso aclarar un dato: el idioma nacional, para Rossi, no es el lunfardo ni el arrabalero. En efecto, el lunfardo “no es sinó apenas una clave de voces gitano-castellano académicas, de uso del hampa” (Rossi 1928: 9-10). Casi idéntica definición opondrá Borges a los filólogos españoles, que inventan “jergas” nacionales inexistente y luego creen ver en ellas la “peculiaridad” de nuestro rioplatense (1998b: 34).

Ahora bien, ¿qué huella concreta del debate sobre el meridiano hallamos en este texto? Para empezar, Vicente Rossi sostiene que la negativa española a aceptar la existencia de una lengua nacional, independiente de la general castellana, procede del intento de imponer una “tutoría extranjera”; y señala a sus principales promotores: “Antifoneiros y monaguillos [que] se despachan en la prensa y en el libro contra nuestro insensato nacionalismo, y desde su madre patria *envían la sagrada palabra o irritados meridianos* trepados al alminar de ‘La Lengua’” (Rossi 1928: 11). Los “meridianos”, como habrá de llamarlos en adelante, quieren imponer sus “lengüeteos y trabazones” castizas sin comprender que el castellano *ya* no se habla en América (Rossi 1928: 6, 11). El idioma rioplatense no es, desde su perspectiva, una variedad dialectal, sino una lengua autónoma, propiedad de un pueblo libre: “El castellano es refractario a la sociología nativa, inadecuado a la eufonía nacional, irreconciliable con la étnica y sociología criollas, *sin eco alguno en el alma del pueblo*” (Rossi 1928: 8).³¹ Un pueblo nuevo, afirma, tiene derecho a liberarse de sus precursores. Una vez más, como en la representación de Schiaffino, los antagonismos políticos del pasado retornan aquí bajo la forma de batallas culturales, radicalizadas en este caso en una exigencia de independencia lingüística plena.

Por lo demás, Rossi proporciona un dato histórico valioso respecto de la producción discursiva en torno al tema del idioma. En efecto, señala que por esos años se registraba cierta profusión de publicaciones sobre el tema del “castellano en América”; y evalúa esta intensa propaganda discursiva como una reacción de los “reales castellanos” y sus “agentes americanos” contra los pueblos libres que aspiran a tener un idioma nacional sin permiso.³² Sin embargo, aquello que más preocupa a Rossi es que la reacción, la “cábila hispano-americana”, amparada en el lema “casticismo y pulcritud”, difunde entre los intelectuales *locales* la creencia de que “hablamos mal”, cuando en verdad “no hablamos castellano” (1928: 9).

Pero planteemos, una vez más, la pregunta que guía este análisis: ¿cómo vincula Rossi su visión de la lengua con el tema librero? Su respuesta es sin duda alguna la más

³¹ Nótese la peculiar ortografía: “Ello obedece –consigna Rossi al pie de todos sus folletos– a un *plan de entrenamiento* para suprimirla paulatinamente”.

³² Confirmando el testimonio de Vicente Rossi respecto de la proliferación de discursos sobre la lengua en ese periodo, el español José María Salaverría dirá en “El castellano en América”: “Por temporadas, y obedeciendo a no se sabe qué necesidades de polémica obligatoria, suele suscitarse en Buenos Aires la cuestión del habla argentina. Cómo debe hablarse el castellano en el país; si se debe hablar en castellano o en algún otro lenguaje substitutivo; si no es hora ya de que *a la jerga de los arrabales porteños* se le atribuya el título de idioma nacional, etc., etc. Sobre este que llamaríamos problema filológico pintoresco existe *una literatura copiosa*, y yo mismo, en mis diferentes permanencias en la Argentina, he podido conocer bastantes textos de esta literatura y asistir como espectador a varios episodios de la célebre polémica” (1930: 503).

original de todas las reseñadas hasta aquí. Consecuente con su postulación de la existencia de una lengua nacional autónoma, Vicente Rossi explica la escasa circulación del libro español en América por la obvia falta de lectores “hispanoparlantes” (1928: 31).³³ El libro español es, pues, tanto o más foráneo que el libro francés, alemán e italiano: “Hemos creído siempre que el libro castellano se colocaba en América por cientos de millares, y no podía ser de otra manera teniendo en cuenta los cientos de millones de seres americanos hispanoparlantes, *inventados por el reclame español*”. El lector, remata Rossi, “se asombrara de la pobreza circulatoria del libro castellano y notara que ello esta de perfecto acuerdo con el porcentaje de *hispanoparlantes* de América y de Hispania, cuya demostración hemos hecho” (1928: 32, subrayados y ortografía del autor). Y, optimista, concluye afirmando que estas malas condiciones del libro castellano no van sino a empeorar, pues la producción nacional avanza y “la sintaxis nacional se define contra todos sus enemigos, *y uno de ellos es ese libro*” (1928: 34).

3.2. *Borges y la oralidad criolla*

La utopía lingüística de Vicente Rossi despierta la simpatía de Borges pero recibe un apoyo muy parcial de su parte en su reseña de 1928 (véase Borges 1997): criticable desde cualquier perspectiva científica, dice, la afirmación de un “idioma nacional rioplatense” debe leerse como una “hipótesis valerosa”... pero fantástica. Por lo demás, el argumento de que se vale Rossi para afirmar su existencia –a saber, el cotejo de nuestras costumbres lingüísticas con los diccionarios oficiales– debería utilizarse, a su juicio, no para probar una disimilitud real con el idioma español corriente, sino para poner de manifiesto la incompetencia de los “chapuceros de la Academia”. Se trata, pues, del ya mencionado conflicto de legitimidad, es decir, la necesidad de definir quién es autoridad en materia de lengua legítima: el escritor criollo o los puristas académicos.³⁴

Sea como fuere, a diferencia de Rossi, los rastros de la polémica del meridiano intelectual en textos posteriores del propio Borges no se manifiestan como referencias explícitas o citas concretas, sino que deben leerse en la migración de ciertos tópicos, como 1) el de la inflexión oral de la lengua criolla, fundada en una tradición literaria nacional que se remonta a la generación romántica, y opuesta a las corrientes literarias populares en desarrollo; 2) el anti-hispanismo y, consecuentemente, 3) el ya mencionado cuestionamiento a la autoridad legislativa de los filólogos del Instituto. En tal sentido, Celina Manzoni (1996: 123, n. 3) anota que, en el capítulo de las proyecciones de esta polémica, debe considerarse en especial *El idioma de los argentinos*, de Borges, publicado en 1928.

En efecto, el análisis de esta obra permitirá retomar y enfatizar algunas de las líneas temáticas trabajadas hasta aquí. En primer lugar, Borges recupera en este texto la doble

³³ Rossi analiza aquí una “Guía del lector de Madrid” de Rufino Blanco de Fombona, de donde extrae los siguientes datos: “Un buen libro castellano no pasa de 1500 ejemplares en América. Cualquier obrita nuestra, mala, bien respaldada, coloca varias veces ese número de ejemplares en Buenos Aires solamente”. La mitad, añade, es consumida por la inmigración española; el resto “se distribuye ‘desde mejico hasta chile’ (700 ejemplares)” (1928: 32; ortografía del autor).

³⁴ Recuérdese que la cuestión de la legitimidad ya se había manifestado en Schiaffino.

oposición que definía nuestra lengua nacional según el martinfierrismo: “Dos influencias antagónicas entre sí –dice Borges– militan contra un habla argentina”: la primera es la de la tendencia “seudo plebeya” y la segunda la de los “castizos o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción” (1998a: 13). Bien conocida es la posición de Borges ante el casticismo y su desprecio, matizado en “El escritor argentino y la tradición” pero aún virulento en “El idioma de los argentinos”, por la tradición literaria española: “El común de la literatura española fue siempre fastidioso. [...] Difusa y no de oro es la mediocridad española de nuestra lengua” (1998a: 22).

Ahora bien, tal como señalaba Rossi, el “habla argentina” se distingue netamente del arrabalero. De hecho, Borges advierte que ni siquiera “hay dialecto general de nuestras clases pobres. El arrabalero no lo es”, pues habría “demasiados contrastes [en el arrabal] para que su voz no cambie nunca” (1998a: 14). Su penuria léxica le impide constituirse en lengua de comunicación general: “Esa indigencia es natural, pues el arrabalero no es sino decantación o divulgación del lunfardo, [...] tecnología de la furca y la ganzúa” (1998a: 15), y concluye: “Imaginar que esa lengua técnica puede arrinconar al castellano es como trasoñar que el dialecto de las matemáticas o de la cerrajería puede ascender a único idioma” (1998a: 15). Por último, evocando los ya mencionados temores de disgregación lingüística, Borges plantea la imposibilidad de “desertar la universalidad del idioma” alegando que “el pueblo no necesita añadirse color local” (1998a: 17). De tal modo, si el pueblo no habla lunfardo ni “arrabalero”, entonces no sería tal el peligro de dialectización de la lengua general, dadora de norma culta literaria y modelo de ejemplaridad idiomática – peligro que los filólogos Castro y Alonso ven encarnado en las clases bajas y medias de origen inmigratorio.

Sea como fuere, si el habla nacional no es aquella que creen los filólogos, ¿cómo se define entonces? Se define, precisamente, por oposición a la de los hablantes inseguros, los inmigrantes, los recién venidos, cuya lengua oral exhibe los rastros de ese origen foráneo. En efecto, para Borges, esta lengua nacional se funda en una tradición literaria local. Se trata de la tradición de aquellos que escribieron en el “tono” de los argentinos: “Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue *el de su voz*; su boca no fue la contradicción de su mano. [...] Escribieron el dialecto usual de sus días: ni recaer en españoles ni degenerar en malevos fue su apetencia. Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde” (Borges 1998a: 24). Por tanto, porque patria, lengua y tradición literaria no pueden pensarse separadamente, el ideal del escritor tampoco puede ser “españolarse” o asumir como propio “un español gaseoso, abstraído, internacional, sin posibilidad de patria ninguna” (Borges 1998a: 24).

Dos cuestiones clave, anteriormente esbozadas, reaparecen en estas citas: 1) Esta lengua nacional criolla, pero también el arrabalero al que se opone, están representados en su vinculación con el ejercicio de una práctica literaria; el independentismo lingüístico-populista de Rossi, en cambio, aspiraba a proyectarse en lo ‘real-social’ y tener consecuencias extra-literarias evidentes. 2) Hay una referencia clara a la diglosia que instaura el desfase entre oralidad y escritura literaria, inherente al ideologema de la homogeneidad lingüística en la letra impresa, al que adscribía Schiaffino.

En síntesis, ¿cuál sería, para Borges, la especificidad del habla argentina? Un tono, una tradición. Lejos ha quedado la utopía popular de Vicente Rossi. Nada sino un leve matiz diferencial nos separa ya de la lengua del meridiano: “¿Qué zanja insuperable hay

entre el español de los españoles y el de nuestra conversación? Yo le respondo que ninguna, venturosamente para la entendibilidad general de nuestro decir. Un matiz de diferenciación sí lo hay: matiz lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria” (Borges 1998a: 25).

Breve síntesis a modo de conclusión

En el presente estudio, procuramos demostrar la existencia de una hegemonía socio-discursiva que, en las primeras dos décadas del siglo veinte en la Argentina, otorgaba legitimidad, legibilidad y aceptabilidad a los más variados discursos centrales y contra-discursos periféricos –fundados en tópicos comunes e ideogramas diversos– sobre la identidad cultural y lingüística en el contexto de las relaciones hispanoamericanas.

Asimismo, hemos querido destacar que, más o menos velada, subyace en todas las tomas de posición la idea de una continuidad de la lucha política por otros medios. Libertad, vasallaje, hegemonía: la independencia o el sometimiento se disputan simbólicamente en el plano cultural, plano en que la definición de una lengua legítima y el reclamo de su legítima tenencia no era un problema menor.

Concluimos, pues, que ninguna lectura de la polémica “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica” puede eludir el problema de la lengua nacional y la doble amenaza identitaria que sobre ella parecía pesar, en el campo argentino; ni pasar por alto el aspecto atinente a los intereses comerciales subyacentes, sublimados o eufemizados, en el campo español. En su articulación, ambas dimensiones constituyen el sustrato ideológico del debate y el fundamento de las creencias lingüísticas que cada campo procura imponer. Por lo demás, esta doble perspectiva insoslayable permite leer una serie de discursos posteriores como efectos discursivos de esta polémica, en la que por tanto habrán de buscarse sus condiciones de producción.

Bibliografía

- Alonso, Amado (1933): “El porvenir de nuestra lengua”. En: *Sur*, 8, pp. 141-150.
- Angenot, Marc (1989): “Le discours social: Problématique d’ensemble”. En: *1889. Un état du discours social*. Québec: Le Préambule, pp. 13-39.
- Arciniegas, Germán (1940): En AA. VV., “Debates sobre temas sociológicos: Relaciones interamericanas”, *Sur*, 72, pp. 102-105.
- Borges, Jorge Luis (1997): “Vicente Rossi, *Idioma nacional rioplatense*, Folletos lenguaraces, n° 6”. En: *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, pp. 373-374.
- (1998a): “El idioma de los argentinos”. En: Borges, Jorge Luis/Clemente, José Edmundo: *El lenguaje de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé, pp. 11-30.
- (1998b): “Las alarmas del doctor Américo Castro”. En: Borges, Jorge Luis/Clemente, José Edmundo: *El lenguaje de Buenos Aires*. Buenos Aires: Emecé, pp. 31-40.
- Bourdieu, Pierre (2002): “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées”. En: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 145, pp. 1-8.
- Carambat, Hipólito (1995 [1924]): “Confraternidad intelectual hispano-americana. Casos concretos denunciados por un argentino”. En: *Martín Fierro I, 7. Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, 1995, p. 46.

- Castro, Américo (1926): “Hispanoamérica como estímulo”. En: *Revista de las Españas*, 2ª época, 2, pp. 98-100.
- Caudet, Francisco (1993): “El libro de avanzada en los años 30”. En: *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años treinta*. Madrid: Ediciones de la Torre, pp. 107-143.
- Croce, Marcela (comp.) (2006): *Polémicas en América Latina. Del ‘Meridiano intelectual’ al caso Padilla (1927-1871)*. Buenos Aires: Simurg.
- De Diego, José Luis (dir.) (2006): *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2007): “Políticas editoriales y políticas de lectura”. En: *Anales de la Educación Común*. Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Planeamiento, Tercer siglo 3, 6, pp. 38-44.
- De Torre, Guillermo (1927): “Madrid, Meridiano intelectual de Hispanoamérica”. En: *La Gaceta Literaria*, I, 8, p. 1.
- (1928): “Preliminares ante la Exposición del libro argentino-uruguayo”. En: *La Gaceta Literaria*, II, 38, p. 1.
- (1929): “Lo que dice un editor español en Buenos Aires. Julián Urgoiti delegado de Espasa-Calpe”. En: *La Gaceta Literaria*, II, 55, s.p.
- (1956): “La unidad de nuestro idioma”. En: *Las metamorfosis de Proteo*. Buenos Aires: Losada, pp. 301-314.
- Di Tullio, Ángela (2004): *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- E.S. [Eduardo Schiaffino] (1923): *Relaciones literarias hispano-americanas*. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.
- Ganduglia, Santiago (1995 [1927]): “Buenos Aires, metrópoli”. En: *Martín Fierro* IV, 42. *Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, p. 357.
- Grillo, María del Carmen (2008): “*La campana de Palo* (Buenos Aires, 1925-1927) y el periodismo porteño de los años veinte: un registro de tensiones”. En: *Ensayos sobre la prensa*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional, pp. 293-314.
- Lago Carballo, Antonio/Gómez Villegas, Nicanor (eds.) (2007): *Un viaje de ida y vuelta. La edición española e iberoamericana (1936-1975)*. Buenos Aires: Siruela/Fondo de Cultura Económica.
- Larraz Elorriaga, Fernando (2007): “Los editores españoles ante los mercados americanos (1900-1939)”. En: *Cuadernos Americanos*, 119, pp. 131-150.
- Manzoni, Celina (1996): “La polémica del meridiano intelectual”. En: *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, IV, 7, p. 121-132.
- Méndez, Evar (1995 [1927]): “Asunto fundamental”. En: *Martín Fierro*, IV, 44-45. *Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, p. 375.
- Olivari, Nicolás (1995 [1927]): “Madrid, meridiano intelectual [de] Hispanoamérica”. En: *Martín Fierro*, IV, 42. *Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, p. 356.
- Pereda Valdés, Ildefonso (1995 [1927]): “Madrid, meridiano, etc.”. En: *Martín Fierro* IV, 42. *Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, p. 356.
- Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición Facsimilar* (1995). Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes.
- Rojas Paz, Pablo (1995 [1927]): “Imperialismo baldío”. En: *Martín Fierro*, IV, 42. *Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, p. 356.
- Rossi, Vicente (1928): “Las falsas papilas de ‘La Lengua’”. En: *Folletos lenguaraces*, 5.

-
- Salas, Horacio (1995): “Estudio Preliminar”. En: *Revista Martín Fierro (1924-1927). Edición Facsimilar*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes, pp. 8-15.
- Salaverría, José María (1930): “El castellano en América”. En: *Revista de las Españas*, V, 50-52, pp. 503-505.
- Sarlo, Beatriz (1997a): “Vanguardia y criollismo. La aventura de *Martín Fierro*”. En: Altamirano, Carlos/Sarlo, Beatriz: *Ensayos argentinos*. Buenos Aires: Ariel, pp. 211-260.
- (1997b): “Oralidad y lenguas extranjeras. El conflicto en la literatura argentina durante el primer tercio del siglo xx”. En: Altamirano, Carlos/Sarlo, Beatriz: *Ensayos argentinos*. Buenos Aires: Ariel, pp. 269-287.